

# LAPALABRA

## YELHOMBRE REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Javier Ahumada Aguirre  
jahumag@gmail.com  
Universidad Veracruzana

Pueden jugar aquí

*La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana*  
Número 39, enero-marzo 2017, pp. 26-27.

ISSN: 01855727  
Xalapa, Veracruz, México



Universidad Veracruzana  
Dirección de Editorial  
*La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana*  
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000  
Xalapa, Veracruz, México  
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

# PUEDEN JUGAR AQUÍ

Javier Ahumada Aguirre

*Go melt back into the night.  
Everything inside is made of stone*  
BOB DYLAN

Era un patio de hierba seca con vallas de madera y alambre de púa señalando los límites del terreno; al fondo, una casa con ventanas tapiadas, la puerta vencida o estropeada bajo el lodo, árboles ya sin peso custodiando un fragmento de tierra definida por el calor de los insectos, cúmulo de podredumbre que el tiempo aún no ha consumido. Moviéndose alrededor de la casa cajas y baúles de otra época que acomodaba en una pila sin método ni tregua, los niños vieron a un viejo parecido a un vagabundo que arrastraba una pierna al caminar y de vez en cuando le dirigía ladridos de ternura a un perro que dormitaba en la sombra.

La casa estaba en su trayecto diario y era la primera vez que veían a alguien allí, pero aun así no se detuvieron; faltaba menos de una hora para que pasara el recolector de basura y los niños recibían algunos pesos por hurgar entre los desperdicios y ponderar lo que todavía pudiera ser codiciable para alguien.

El hombre los miró alejarse y destapó una lata de cerveza; pensó que él tampoco se detendría a ob-

servar a un viejo removiendo los escombros de una casa abandonada y le pareció que el perro había ladrado como si estuviera de acuerdo. Abrió otra lata cuando perdió a los niños de vista y acarició sin darse cuenta la cabeza del animal; *Ya casi acabamos*, le dijo. La casa por fin estuvo vacía y el hombre terminó otra cerveza mirando su obra; cajas podridas de recuerdos y objetos inservibles, fragmentos lejanos de una existencia absurda o indeseable, como esas predicciones arbitrarias que algunos leen en el cielo o las líneas de la mano.

Primero abrió los baúles, la madera y los goznes ya falseados por el tiempo, para encontrar fotos de los dos cuando eran jóvenes; ella con su uniforme de enfermera, las manos apoyadas en la cintura y al fondo un retazo de ambulancias; ella dormida en una mecedora, las piernas débiles y separadas en el calor de media tarde, el perro a un lado, mirando de frente a la cámara, apenas un cachorro; los dos abrazados frente a una pirámide incompleta (recordó de súbito al turista canadiense que se ofreció a fotografiarlos). Luego sacó cortinas, manteles, servilletas, restos apolillados de otros días carentes de sentido, regalos de personas sin rostro, frases y palabras de un idioma que los años

han vuelto incomprensible; reconoció dos toallas percutidas que alguna vez fueron azules, *La tuya y la mía*, murmuró, considerando que ya era buena hora para comprar otras cervezas.

Los niños regresaron caminando muy despacio cuando pasaron frente a la casa nuevamente; el hombre y el perro debían estar cerca, pensaron, aunque no había forma de saberlo. Entraron al patio sin temor y cada uno examinó distintas cosas que el viejo había esparcido entre la hierba, inútiles la mayoría, mirándolas sin prejuicio ni sorpresa, decidiendo por instinto qué podrían vender o desarmar, de qué valdría la pena averiguar su nombre o función.

Las siluetas de los niños moviéndose entre las cajas se confundían lentamente mientras el hombre los miraba desde lejos; los había reconocido sin esfuerzo y pensó que evitaría asustarlos, por lo menos al principio. Se sentó en la banqueta y vació una bolsa de plástico: dos latas de cerveza y medio litro de caña; guardó las latas en el pantalón y retuvo entre los dientes un pequeño, precavido trago de alcohol.

*¿Le tiramos la basura?*, preguntó el mayor, disimulando la extrañeza y el primer golpe de miedo cuando el perro les olfateó los dedos y el hombre intentaba sonreír sin amenazas. *Aquí nada es basura*, respondió simulando que restaba valor a esas palabras, *pero pueden llevarse lo que quieran*, y supo que estaba hablando demasiado. Los niños cambiaron de lugar algunos objetos y al final se interesaron por una caja de herramientas oxidadas; el más chico tomó un desarmador y le extendió a su hermano un martillo con el mango cortado; por un rato los usaron como pistolas e imitaron gritos y disparos, pero sin dejar de ver al hombre, que ahora caminaba en círculos, fingiendo buscar algo entre el des-

orden impalpable. El más grande puso fin al juego cuando el hombre se sentó cerca de ellos; miró a su hermano tratando de expresarle algo sin palabras, tomó las herramientas y le preguntó al hombre si podían quedárselas. Éste asintió prolongando su último trago de caña y pensó que podría decirles *Pueden venir mañana y jugar con mi perro*, o tan sólo *Pueden jugar aquí*, pero sintió que era muy pronto y prefirió repetir *Lo que quieran, llévense lo que quieran*.

Era la primera vez en largo tiempo que hablaba con otras personas intentando que lo entendieran; no porque esperara algo especial de los niños, sino por estar de vuelta allí, en el centro de la nostalgia vívida y solemne que emanaban las cajas y las ventanas clausuradas. Los niños ya se alejaban cuando recogió una lata de cerveza vacía, le metió algunas piedrecillas y la agitó para que el ruido emocionara al perro. La aventó hacia donde estaban ellos y el más pequeño la recogió y la lanzó de vuelta; los niños y el perro continuaron el juego hasta que se aburrieron, el hombre mirándolos atento, ebrio, deseando haber comprado un jugo o un refresco para convidarlos.

Volvieron durante los días siguientes y acarrearon aún más cosas inútiles, pero el hombre ya no estuvo más. Luego, cuando otros niños supieron de la casa, los guiaron allí y el más grande les contó todo. *Era un viejo con cara de loco, pero triste; nos dijo que nos llevaríamos lo que quisiéramos; andaba con un perro más limpio que él, gordo, el pelo todo cepillado*, les dijo, pero dándose cuenta de que no era eso lo que había querido decir. *Sacó todo lo que había en la casa y estuvo jugando con nosotros; andaba como alma en pena*, continuó, como si caminara a ciegas, inten-



Juan Sin: *Abril*. Archivo digital

**¿Le tiramos la basura?, preguntó el mayor, disimulando la extrañeza y el primer golpe de miedo cuando el perro les olfateó los dedos y el hombre intentaba sonreír sin amenazas.**

tando explicar lo que el hombre mismo no pudo. *A lo mejor no estaba loco* –pero esto sólo lo escuchó su hermano, que también entendía a medias, y pronto dejó de hablar, sabiendo que no tenía caso buscarle muchas explicaciones después de todo. **LPyH**

• **Javier Ahumada Aguirre** (Veracruz, 1985) es licenciado en Lengua y Literatura Hispánicas por la UV. Se desempeña como editor en el departamento de Publicaciones del Ivec y es uno de los gestores del proyecto autónomo sustentable Cartonera Nómada Editorial.